

de las artes palásticas. Esto ayudaría a los estudiantes a adquirir seguridad y a descubrir nuevas posibilidades expresivas. Conocer las nuevas tendencias del arte contemporáneo: Instalaciones, performance, intervenciones urbanas, uso de proyecciones y escenografía digital en espectáculos, etc., con el objetivo de ampliar la mirada y expandir los horizontes creativos.

Debemos evitar formar a los estudiantes en técnicas y procedimientos, postergando para un momento posterior el desarrollo de estas capacidades de creación, porque se corre el riesgo de que adquieran estructuras que luego resulten difíciles de quebrar. La libertad creativa implica transgresión, pero esto no significa falta de reglas. Es necesario conocerlas para luego poder transgredirlas, sabiendo por qué y para qué se hace. Precisamente estas transgresiones pueden generar hechos innovadores.

Se podría planificar un formato de taller donde estudiantes y docentes pudieran disponer de un espacio y un tiempo adecuados para desarrollar esta experiencia, fomentando el espíritu de búsqueda y una participación activa de los alumnos, que los convierta en protagonistas de su propio proyecto.

Al mismo tiempo, se deben encontrar distintas formas de evaluación, donde se privilegie el proceso del alumno y del grupo por sobre el resultado, dando margen para el ensayo y error y la toma de riesgos, instancias ineludibles del proceso creativo.

Sería útil proponer este taller en los primeros años de formación y darle un carácter transversal, de manera de favorecer el intercambio entre estudiantes de distintas áreas y proporcionarles elementos para enriquecer el desarrollo futuro de sus carreras.

Walter Gropius (1956) habla así del curso preparatorio de la Bauhaus, que era obligatorio para todos los ingresantes, independientemente de la carrera elegida y de su formación anterior:

«Esta formación se proponía desplegar y madurar la inteligencia, la sensibilidad y la fantasía de cada uno y apuntaba al propósito del desarrollo de la persona integral.

[...] no es sostenible, según mi opinión y experiencia, el reproche de que una formación tan general resulta una extravagante pérdida de tiempo en este nuestro mundo de la economía industrial. Por el contrario, se ha puesto en evidencia que dicha formación no sólo comunicaba al alumno mayor confianza, sino que además aumentaba notablemente la productividad y rapidez de su ulterior preparación especial. Sólo despertando tempranamente en él una ancha comprensión de las interrelaciones existentes entre los fenómenos vitales del mundo que le rodea, podrá ese alumno realizar una aportación propia a la estructuración creadora de su tiempo.»

Bibliografía

Gropius, Walter (1956) *Arquitectura*, Frankfurt-Hamburgo: Fischer-Bücherei

Reflexión cotidiana y conceptualización en el aula taller

María de la Paz Bernárdez

“Y el pintor en suma no dice nada calla y yo lo prefiero así”
Vincent Van Gogh

Fue una vez leyendo sobre la vida de Van Gogh que me encontré con esta frase de su autoría. La interpreté como el hecho que la imagen tiene su propia voz y que no necesita del lenguaje verbal para ser comprendida, dado que se vuelca enteramente a la percepción de nuestros sentidos. Pero el mismo es muy valioso para poder resignificarla. Más tarde y cuando me tocó ejercer la docencia repensé este concepto. Llevo dos cuatrimestres enseñando en Introducción al Discurso Audiovisual diversidad de temas que una y otra vez nos llevan a poner en juicio el estatuto de la imagen y pienso y comparto que una imagen puede ser sentida; que puede repito, no ser abarcada por completo desde lo verbal pero que vivimos en una cultura de permanente resignificación de lo visual y es desde el lugar de ésta asignatura de índole reflexivo-discursiva donde es posible implementar una estrategia de aula taller, que presuponga un camino hacia esa reflexión.

Temas tales como el paso de las imágenes fijas a las imágenes en movimiento pueden ser abordados desde diferentes ópticas.

Podemos hablar de un enfoque semiológico de dichos temas y producir un traspaso de los mismos a la experiencia de la visión cotidiana de las imágenes. Me refiero a semiológico por el hecho de partir de una categorización de las imágenes y hablar de polisemia, iconicidad y otros conceptos teóricos y salir del ámbito del aula para poder reconocer aquello que conceptualmente incorporamos articulándolo con el entorno que nos rodea pero que no percibimos. Salir y mirar nuestro entorno, el contexto del que formamos parte, fue una de las premisas dadas.

Es precisamente desde el aula en donde comenzamos a explorar la cotidianeidad, aquello que está naturalizado. Pero el verdadero desafío es articular la cotidianeidad visual con el bagaje teórico desplegado dentro del aula y lograr así el esquema conceptualización, articulación con el entorno visual y la reconceptualización o recategorización.

Como dice Barthes el mundo es de alguna manera territorio de caza fotográfica y esto fue lo que se implementó en la asignatura: salir a observar, salir de algún modo a cazar lo que nos rodea, convertirse en ese *voyeur* universal que todo lo mira, todo lo observa y a partir de esa observación promover a la reflexión.

Favorecer el ejercicio de razonamiento, trasladar esto al espacio del aula taller, ya que es de la exploración en el universo de las imágenes desde donde surgen otro tipo de cuestionamientos que hacen de la asignatura un verdadero espacio de exposición de ideas y de investigación por parte de los estudiantes: ¿Hay un arte institucional y otro marginal? ¿Cuál es la verdadera naturaleza del arte? ¿Qué es lo bello y qué es lo feo? ¿Lo feo tiene en el arte el mismo derecho de existencia que lo bello? Preguntas y más preguntas que sobredimensionan el espacio del aula nos vemos, clase tras clase, obligados con urgencia a responder. Es allí entonces en donde se produce un dinamismo, un verdadero movimiento de lo que se teoriza y se sale a observar y lo que se cuestiona una vez que el producto de la

observación penetra en el espacio del aula. Es notorio observar que poco a poco diversos elementos que como docente uno trata de instrumentar se van sistematizando en herramientas de trabajo que promueven una toma de partido sobre diferentes cuestiones por parte de los estudiantes. Me refiero a la elaboración de un cuaderno de informes sobre lo que a diario realizamos en las clases que hace que vehiculicemos no sólo las opiniones personales sobre las distintas actividades y saberes sino también aquello que queremos que constituya un marco de referencia y de consulta del alumno en el ámbito de la clase y fuera de ella. Es a partir de la implementación de éstas actividades donde veo mi labor docente como un andamiaje, donde descubro al alumno como sujeto que detenta un potencial que es necesario descubrir. No se trata de incorporar o volcar simples contenidos en tabulas rasas sino de incitar al conocimiento por vías de la observación y de la exploración de los diversos temas y producir un verdadero conflicto cognitivo a partir de la investigación. Lo importante es llegar a construir la instancia de la motivación.

Si bien es cierto que vivimos dentro de la era de la comunicación y de la imagen, lo cierto es que esta proliferación nos enriquece por un lado pero por otro puede sobrepasarnos y saturarnos hasta el punto de cómo antes se menciona no advertir el paisaje visual del que formamos parte.

Creo que este fenómeno del cual no nos es permitido escapar, es el que se propone como ejercicio de observación al alumno antes de adentrarnos a teorizar, pues como ya sabemos sobre este tema hay mucho escrito pero no es una tarea acabada. Creo que la instancia de la motivación nace entonces de la familiarización del alumno con el entorno cotidiano. Es allí donde encontramos la respuesta de la producción artística como una necesidad humana genuina.

Si tomamos como principio que el hombre siempre tuvo la necesidad de representar el movimiento que lo rodeaba, podremos reconocer que graffittis existieron siempre (desde los antiguos griegos o en las catacumbas cristianas) y podremos ver que el cine iniciado en 1895 no respondió mas que a aquella vocación originaria del hombre de dar movimiento a las imágenes de aquel entorno que a diario lo rodeaba. De plasmar en un antes y en un después los distintos momentos de una instancia de caza o los distintos etapas del movimiento femenino en el arte de los antiguos egipcios, según nos cuenta Feldman.

Es en la secuencialidad de la imagen en donde se encuentra la esencia de éste movimiento. Pero para advertir ésta génesis es necesario retrotraernos a la antigüedad y encontrar allí el germen del conocimiento, pues como dice Aumont “quien retrocede en el tiempo avanza en conocimiento”.

Si pensamos entonces en el legado de la antigüedad podemos llegar a Grecia y ver que para esa cultura tan enamorada del sol como de la vida, quien moría era quien perdía la vista y como nosotros utilizamos la frase “su último suspiro”, un griego antiguo, decía “su última mirada”.

Cuando nos adentramos en el aula en la tarea de observar era justamente porque queríamos recuperar de algún modo el hecho de ver, de observar como una necesidad vital. Y es en el observar, donde nos encontramos con el pleno reinado de la imagen. A partir de este predominio es que nos cuestionamos la razón de la existencia en nuestra cultura occidental de la imagen como objeto de culto, como objeto de veneración. Barthes dice que la fotografía es la cristalización del instante

visual; que un sujeto a partir de plasmar su imagen en una fotografía deviene en objeto, esto podemos comprobarlo en la veneración que sentimos ante la foto de un ser que amamos y ya no está. Es aquí donde se produce un movimiento dialéctico de presencia/ausencia y ante la descomposición por la muerte agregamos la recomposición por la imagen.

Pienso que todas estas cuestiones que a diario vivimos sin preguntarnos sus causas son susceptibles de ser analizadas primero desde la simple y sencilla inmediatez. Saber que lo que se genera a mi alrededor posee una razón de ser y luego percibir que aquello que es ordinariamente tangible puede constituirse en hecho artístico. Arte me dijeron alguna vez mis maestros es aquello que posee un compromiso consciente con el mundo que nos rodea. Es por eso que tratamos de rescatar el mundo de la cotidianidad y de rescatar en ese espacio cotidiano el valor universal la imagen.

El uso del cine en la enseñanza universitaria

Marcelo Bianchi Bustos

El objetivo de este trabajo es reflexionar acerca de la utilización del cine como una herramienta didáctica para la enseñanza universitaria y al mismo tiempo ofrecer una propuesta de abordaje el mismo. En concordancia con este objetivo, el trabajo estará formado por dos partes. En la primera de ellas se intenta realizar una fundamentación sobre la importancia de incorporar el tratamiento de la imagen y en especial del cine en la educación universitaria y luego se realizará una posible propuesta de trabajo a partir del modelo O.R.A. del pedagogo español Saturnino de La Torre.

El siglo XXI y el cine como un instrumento didáctico. Tratando de justificar la propuesta

El hombre del siglo XXI forma parte de la época de la imagen. En este contexto nuevo, caracterizado por la sobreexposición a los medios, la rapidez y lo efímero de los mensajes, y por los cambios en la forma de comunicar y de informar, los medios adquieren una fuerza importantísima. Ya quedó en el pasado la discusión clásica de los años 60 y 70 sobre la incorporación de los medios masivos de comunicación gracias a las tesis de Umberto Eco (1968) quien, valorando la forma de transmitir cultura de dichos medios dijo que “dado que la televisión, los periódicos, la radio, el cine, las historietas, la novela popular y el Reader’s Digestt ponen hoy en día los bienes culturales a disposición de todos, haciendo amable y liviana la absorción de nociones y la recepción de información, estamos viviendo una época de ampliación del campo cultural, en que se realiza finalmente a un nivel extenso, con el concurso de los mejores, la circulación de un arte y una cultura popular”. En este escenario complejo de la revolución de las comunicaciones y de la globalización, se gestaron las características del hombre posmoderno, caracterizado por la ética individualista (Giddens, 1993) y que aparece en los nuevos escenarios, desde algunas posturas, como un mero espectador, un “ser pasivo que participa voluntariamente de un plan que no es trazado por él” (Argullol y Trías, 1992).

Como señaló Corominas (1994: 17) “la información actual tiene la característica de la inmediatez, haciendo pequeño el